

El progreso normal hacia el estado superior, en el cual los actos de una
propiedad respecto de los otros, así como de menor importancia como los que la
tienen mayor, están tan bien regulados por leyes internas, que hacen inútil
los estímulos, supone el cumplimiento gradual de las condiciones. Se necesitan
a la vez emociones y una inteligencia de orden más elevada. Se necesita un
avanzamiento mayor de regularidad para todos y una inteligencia desarrollada hasta
el punto de comprender el instante como se trata de las palabras y todos
los actos el estado de los espíritus, esto es, una inteligencia que habla en la ex-
presión de la caridad y en la cadencia del discurso, un informe sobre el estado so-
cial de emoción, y que en ellos vez con la emoción en alto se trata por los
actos realizados en el mismo instante.

PARTE QUINTA

INSTITUCIONES POLÍTICAS



CAPITULO I

PRELIMINARES.—DE LA ORGANIZACION POLÍTICA EN GENERAL.—INTEGRACION POLÍTICA
DIFERENCIACION POLÍTICA

LA idea y el sentimiento no pueden estar completamente separados. Toda emoción corresponde á un aparato más ó ménos distinto de ideas; todo grupo de ideas está más ó ménos penetrado de emociones. No obstante, hay grandes diferencias en la parte que corresponde á cada uno de estos elementos, en la combinacion. Hay sentimientos que permanecen vagos porque no están definidos por ideas, y otros que reciben formas claras de conceptos á los cuales están asociados. A veces nuestras ideas están deformadas por la pasión que las invade, otras veces es difícil descubrir en ellas vestigios de placer ó disgusto. Claro es también que en cada caso las proporciones de estos dos elementos del estado mental pueden variar. Las ideas quedan las mismas, la emoción que las acompaña puede ser mayor ó menor, y todos sabemos que la rectitud del juicio emitido depende, sino de la ausencia de emoción, á lo ménos del estado de

equilibrio de las emociones, que es incompatible con la preponderancia de ninguna de ellas.

Esta verdad aparece sobre todo en las cuestiones relativas á la vida humana. Hay dos maneras de considerar las acciones de los hombres, el punto de vista del individuo y el de la sociedad. En ellas pueden verse grupos de fenómenos que someten al análisis para hacer constar las leyes que regulan su dependencia, se las puede considerar también como causas de placer ó de pena, y en tal caso asociarlas con la aprobacion ó la reprobacion. Cuando tratamos estos problemas bajo el punto de vista intelectual, podemos considerar la conducta como el resultado de ciertas fuerzas; cuando las tratamos bajo el punto moral y juzgamos los efectos de la conducta como buenos en un caso y malos en otro, podemos hacerlas objeto ya de nuestra admiracion ó ya de nuestra indignacion para satisfacer nuestra conciencia. Evidentemente debe existir una gran diferencia en nuestras conclusiones, según que estudiemos en el primer caso, los actos de los hombres como los de seres sin relacion con nosotros, que solo nos conciernen en que debemos comprenderlos, ó que, en el segundo caso, los consideremos como actos de seres semejantes á nosotros, cuya vida está unida con la nuestra y cuya conducta despierta en nosotros, por efecto indirecto ó por simpatía, sentimientos de amor ó de odio.

En la *Introduccion á la Sociología*, describí las diferentes clases de perversion que nuestras emociones producen en nuestros juicios. He dado ejemplos que demuestran cómo el amor y la esperanza nos exponen á falsas apreciaciones, cómo la impaciencia nos lleva á pronunciar condenaciones injustas, cómo la antipatía y la simpatía pueden deformar nuestras creencias. Los numerosos hechos relatados en esta obra demuestran que los hábitos de la educacion y del patriotismo deforman uno y otro las convicciones de los hombres. Por último, he demostrado que las formas más especiales de los prejuicios morales, tales como el prejuicio de clase, el político y el teológico, engendran cada uno de ellos una fuerte predisposicion á tal ó cual manera de considerar los negocios públicos.

Séame permitido insistir en la necesidad que se nos impone en nuestros estudios sociológicos y sobre todo en el que vamos á emprender, de separar en lo posible todas las emociones que los hechos por su naturaleza pueden excitar en nosotros, y de no preocuparnos más que de la interpretación de estos hechos. Volveremos á encontrar diferentes grupos de fenómenos cuyo exámen es propio para sublevar en nosotros el desprecio, el disgusto ó la indignacion; no debemos dejarnos dominar por estos sentimientos.

En vez de desdeñar las supersticiones del hombre primitivo, como si carecieran de valor ó fuesen perniciosas, debemos examinar el papel que desempeñaron en la evolucion social y estar dispuestos, en caso necesario, á reconocer su utilidad. Ya hemos visto que la creencia que arrastra al salvaje á enterrar objetos preciosos al lado de los cadáveres y á llevar comestibles á sus tumbas, tiene un origen natural; que la propiciacion á las plantas y á los animales y el «culto á la madera y á la piedra,» no son prácticas gratuitamente absurdas; en fin, que si se sacrificaban esclavos en las exequias de sus dueños, era en virtud de una idea que parecia racional á la inteligencia en sus comienzos. Ahora vamos á examinar los efectos políticos de la teoría animista; y si existe una razon para afirmar que esta creencia fué un auxiliar indispensable de la evolucion social, debemos aceptar sin vacilar esta conclusion.

El conocimiento de las miserias que las luchas de los pueblos causaron en todas partes durante siglos sin cuento, no debe ser parte á dejar de reconocer el papel preeminente que estas luchas desempeñaron en la civilizacion. Si hemos de horrorizarnos á la vista del canibalismo que en los primeros tiempos fué una consecuencia de la guerra en el mundo entero; si nos espeluznamos á la idea de las hecatombes de prisioneros repetidas por millares á consecuencia de las batallas que se libraban las tribus salvajes; si leemos con disgusto la historia de estas pirámides de cabezas y osamentas blanqueadas, de poblaciones degolladas, que bárbaros invasores erigieron; si debemos odiar el espíritu militar que aun en nuestros tiempos inspira las traiciones y las agresiones brutales, ello no es una razon para que dejemos que nuestros sentimientos nos cieguen sobre el valor de los hechos que prueban la favorable influencia ejercida por los conflictos promovidos entre las sociedades respecto al desarrollo de los órganos sociales.

Sin embargo nuestra aversion á los gobiernos de cierta índole no debe por más tiempo impedirnos el ver que están apropiados á sus circunstancias. Aunque desechemos la idea que de la gloria se forja el vulgo, y que nos neguemos á conceder, como los soldados y los esclavos, el epíteto de *grandes* á los déspotas conquistadores, y detestemos el despotismo, aunque consideremos como enormes crímenes el sacrificio que de sus propios pueblos y de los pueblos extraños hace un déspota á sus propósitos de dominacion universal, necesario es con todo reconocer que los imperios que los conquistadores levantan por medio de la fusion de muchas sociedades en una sola, producen felices resultados. Ni las degollaciones decretadas por los emperadores romanos, ni los asesinatos á que han recurrido los potentados de Oriente para desembarazarse de sus parientes,

ni las exacciones de los tiranos que empobrecen á naciones enteras deben indignarnos hasta el extremo de privarnos de la apreciacion de las ventajas que, en ciertas condiciones, fueron fruto del ilimitado poder de un soberano. El recuerdo de los instrumentos de tortura, de los calabozos, de las víctimas, no debe ocultar á nuestro espíritu la prueba de que la abyecta sumision del débil al fuerte, aunque impuesta sin escrúpulos, fué necesaria en ciertos tiempos y en ciertos lugares. Lo mismo sucede con otra consecuencia de la guerra, el derecho de propiedad de un hombre sobre otro. Necesario es abstenerse de condenar la esclavitud de una manera absoluta, aun en el caso de que creyéramos en la tradicion repetida por Herodoto, de que la construccion de la gran pirámide exigió durante veinte años, reemplazos de cien mil esclavos: ó que tuviéramos por cierto el relato segun el cual los siervos adscritos al trabajo para edificar á San Petersburgo, perecieron en número de trescientos mil. Es indudable que la imaginacion se queda corta al representarse los infinitos sufrimientos padecidos por los hombres y las mujeres reducidos á la esclavitud, sin que la historia haya conservado su memoria; pero debemos aceptar los hechos propios para probar que de la institucion servil pudieron resultar ventajas.

En suma, para que una explicacion de las clasificaciones sociales merezca confianza, necesario es que sea obra de una conciencia casi enteramente despojada de pasion. Si no se puede ni debe excluir del espíritu el sentimiento, al considerar estas clasificaciones, se le debe sin embargo excluir al considerarlas como fenómenos naturales cuyas causas y efectos se quieren conocer.

Nos ayudará á conservar esta actitud mental la conviccion de que, en las acciones humanas, el mal absoluto puede ser un bien relativo, y el bien absoluto un mal relativo tambien.

Óyese repetir como un lugar comun, que las instituciones á cuyo abrigo prospera una raza, no convienen á otra; pero falta mucho para que sea general la creencia en esta verdad. Hay personas que ya no creen en la virtud de las «constituciones en el papel,» y que sin embargo, no dejan de pregonar para las razas inferiores una conducta que supone la creencia de que las formas sociales civilizadas pueden imponerse con ventaja á los pueblos no civilizados; que las disposiciones que nos parecen viciosas lo son para éstos, y que hallarian provecho en instituciones domésticas, industriales ó políticas parecidas á aquellas de que nosotros sacamos partido. Pero si admitimos que el tipo de

una sociedad está determinado por la naturaleza de sus unidades, debemos admitir como consecuencia, que un régimen de la categoría intrínsecamente más inferior, puede con todo ser el mejor posible en las condiciones primitivas.

En otros términos, no conviene sustituir por el código avanzado que regula nuestra conducta, y el cual se dirige principalmente á las relaciones privadas, el rudimentario código de conducta que se aplica principalmente á las relaciones públicas. Hoy, en que generalmente la vida está llena de relaciones pacíficas entre conciudadanos, las ideas morales conducen principalmente á las relaciones de hombre á hombre; pero en los primeros tiempos, cuando la vida transcurria sobre todo en lucha con las sociedades vecinas, las ideas morales que podian existir tenian por objeto las relaciones inter-sociales, casi exclusivamente se juzgaban las acciones de los hombres segun sus efectos directos sobre la prosperidad de la tribu. Puesto que la conservacion de la sociedad tiene preeminencia sobre la del individuo, puesto que ella es su condicion, es necesario, en el estudio de los fenómenos sociales, interpretar el bien y el mal, más bien en su sentido primitivo que en su sentido moderno, y considerar por tanto, como relativamente bueno, lo que permite á la sociedad el subsistir, por grandes que sean los sufrimientos inferidos á sus miembros.

Entre nuestras ideas corrientes hay otras que conviene ensanchar si se quiere interpretar la evolucion política correctamente. Las palabras *civilizados* y *salvajes* han dado necesariamente á estas ideas, significaciones muy diferentes de las que están en boga. La profunda diferencia que establece el uso en ventaja de los hombres que componen las grandes naciones y en desventaja de los que forman los grupos simples se desvanece ante un conocimiento más completo. En los pueblos toscos, se encuentran caracteres que sostienen la comparacion con los mejores de los pueblos civilizados. Con escaso saber y artes rudimentarias, ciertos pueblos, poseen virtudes capaces de honrar á aquellos de nosotros cuya educacion é inteligencia sean más perfectas.

En la India, sobreviven restos de ciertas razas primitivas que tienen un carácter moral, por el que la costumbre de decir la verdad parece orgánica. Estos indígenas, no solo son superiores en esto á los Indios vecinos suyos, dotados de una inteligencia más desarrollada y de una civilizacion relativamente avanzada, sino que lo son tambien á los europeos. Se ha hecho la observacion de que es de los pueblos montaraces cuyas afirmaciones pueden siempre aceptarse con una completa confianza; no podria decirse otro tanto de los fabricantes que se sirven de marcas falsas ó de diplomas que engañan con intencion. Entre